

Krause en español

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA (*)

INTRODUCCION

Carlos Cristian Federico Krause (1781-1832) fue un pensador esotérico y mediocre que sus compatriotas, a la par que denunciaban el enrevesado lenguaje, consideraron ilegible y, en consecuencia, apenas comprensible. Estuvo muy vinculado a la masonería y, por recomendación de las logias, le prestó atención Julián Sanz del Río quien, con prosa casi tan bárbara aunque menos críptica, glosó algunos de sus libros, si bien dudo mucho de que llegara a entender correctamente el pensamiento del maestro. Con esta excepción, la metafísica de Krause no tuvo eco en España, y la casi totalidad de los llamados krausistas no lo fueron en sentido rigurosamente filosófico. Al contrario, pronto la mayoría de los pocos pensantes trató de pasarse al positivismo que había sido la actitud filosófica más detestada por el germano.

Hasta ahora, sólo un libro de Krause había sido traducido expresa y literalmente al castellano, *Abriss der Aesthetik* (1837); fue la obra de Francisco Giner quien insertó su versión en la «Revista de Filosofía, Literatura y Ciencias» de Sevilla en 1874, y que luego publicó en forma de volumen, *Compendio de Estética* (1883). La mayor parte del pequeño libro, que es de lo más asequible del autor, está dedicado a la preceptiva literaria, lo que no deja de ser paradójico en un escritor que la maltrató quizás más que ningún otro. Para dar una idea de su contenido citaré la definición capital: «Consiste, pues, la belleza en aquella unidad, sustantividad y todeidad que en sí y dentro de sí lleva plurali-

(*) Sesión del día 11 de octubre de 1988.

dad y armonía»¹. En un análisis famoso y demoledor, Menéndez Pelayo recomendaba este manual al «que quiera cerrarse para siempre los caminos de toda emoción estética»². Creo que no exageró.

La primera edición castellana del *Ideal de la Humanidad para la vida* (1860) apareció como obra de Krause con «introducción y comentarios» de Sanz del Río; la tercera edición, hecha por los testamentarios en 1904, fue presentada como obra original de Krause, simplemente traducida por el español. Pero la introducción era ambigua porque en ella Sanz del Río afirmaba que «leyendo atentamente la obra titulada *Ideal de la Humanidad* por C. Cr. F. Krause escribía yo al paso, y sobre lo más importante de aquélla, algunos resúmenes y consideraciones que, nacidas a la vez del sentido del autor y de mi propio modo de pensar, concertaban a mi parecer con el carácter y necesidades de mi pueblo». Esta declaración inducía a pensar que se trataba más de una glosa que de una traducción, hipótesis que se confirmaba al comparar el texto castellano con el supuesto original alemán *Urbild der Menschheit vorzüglich für Freimaurer* (1810) —*Ideal de la Humanidad preferentemente para masones*— que no era literalmente igual.

Esta generalizada interpretación se confirmó cuando se publicó una carta de Sanz del Río a M. Ruiz de Quevedo (1-XI-1860) en la que afirmaba que «el *Ideal* en dos terceras partes es original»; y otra a F. Canalejas de fecha muy próxima en la que iba más lejos: «Tal como hoy está el libro pertenece a Krause el espíritu; la exposición es mía y no hay original alemán ni no alemán de donde se haya traducido. Basta para ello comparar el *Urbild der Menschheit*»³. Recientemente, se ha demostrado que «el *Ideal de la Humanidad para la vida*, publicado por Sanz del Río en 1860 es en su casi totalidad una traducción literal de un escrito incompleto que Krause publicó en 1811 en su revista (que sólo salió un trimestre) *Tagblatt des Menschheitelbens*. Sanz del río ocultó, por tanto, fraudulentamente, este origen de su obra, desviando la atención hacia su comparación con el *Urbild der Menschheit* de Krause»⁴. El *Ideal* es, pues, otro original krausiano traducido al español, como ya pensaban los autores de la citada tercera edición.

La abominable posición intelectual en que ahora queda Sanz del Río pone en entredicho la autoría de otras obras que publicó con su nombre⁵, y quizás aumente la lista de las krausianas vertidas al español.

Aunque los krausistas, convertidos en grupo de presión, desempeñaron un importante papel político y universitario en la España decimonónica, no tra-

1. KRAUSE: *Compendio de estética*, trad. esp. F. Giner, 2.ª ed. Madrid 1883, pág. 41.

2. MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO: *Historia de las ideas estéticas en España 1883-1891*, Ed. Nacional, Madrid, 1940, vol. IV, pág. 275.

3. SANZ del RÍO: *Documentos, diarios y epistolario*, preparados por P. de Azcárate, ed. Tecno, Madrid, 1969, págs. 331-2.

4. UREÑA, ENRIQUE M.: *El fraude de Sanz del Río* en «Pensamiento», núm. 173, Madrid, enero-marzo de 1988, pág. 27. Todavía los traductores de la *Ciencia* calificaban de «bulo» la insinuación de que *El Ideal de la Humanidad* fuese una simple traducción (pág. LVI).

5. FERNÁNDEZ de la MORA, GONZALO: *Los teóricos izquierdistas de la democracia orgánica*, ed. Plaza & Janes, Madrid, 1985, págs. 45 y ss. y nota 164.

dujeron más obras de su mentor y resulta extraordinariamente difícil encontrar libros de Krause en alemán en nuestras bibliotecas, lo que es un dato adicional para pensar que apenas fue leído. Ahora, dos estudiosos han dado a las prensas una versión castellana de *Reine allgemeine Vernunftwissenschaft*⁶, que había sido editada por A. Wünsche y O. Schulze en 1886. Salvo *Vorlesungen*⁷, este es el primer libro krausista de intención metafísica que es objeto de una traducción completa y relativamente literal a lengua distinta de la original. En una excelente nota preliminar, M. F. Pérez califica a Krause de «pensador atormentado y torturante» y acusa a su prosa de «rigidez y tortuosidad», «re-duplicación», proliferación de partículas que «terminan por exasperar», «trabalenguas», «alambicada, extravagante y nunca diáfana», y salpicada de «escalofriantes aglutinaciones». Y por si esto fuera poco, reprocha a Krause «vacilaciones terminológicas» y «ciertos ribetes de contradicción literal». Como declaran los autores, «muy dura ha sido la tarea» que ha exigido un «derroche de tiempo y energías».

A fuerza de deprífrasis y de laboriosa racionalización léxica y sintáctica, los traductores han conseguido que Krause resulte medianamente legible, empresa que, sin duda, le agradecerán los hispanoparlantes e incluso los compatriotas del pensador porque, como escribió E. Zeller, «el alemán de Krause es tan incomprendible para los germanos como el sánscrito⁸. Tienen, pues, toda la razón los traductores cuando se jactan de que gracias a ésta versión, «la cultura española se desayuna con Krause», lo cual es una colosal objeción a nuestros krausistas más o menos nominales del siglo XIX y a sus epígonos del XX. El trabajo es, pues, encomiable y creo que ha valido la pena porque este libro, lejos de justificar las devociones españoles hacia Krause, las convierte en definitivamente equivocadas, como señaló, con más rotundidad que nadie, Menéndez Pelayo desde 1882⁹.

La obra fundamental de Krause es *Vorlesungen über das System der Philosophie* (1828), parcialmente adaptada por Sanz del Río¹⁰. Existe también una versión francesa que no he podido ver¹¹. Se explica, pues, que los traductores hayan pensado en otra obra; y han elegido la que literalmente se titula *Ciencia pura general de la razón*. Es una de las muchas póstumas, publicada cincuenta y cuatro años después de la muerte del autor quien confiesa haber revisado dos veces el original en el curso de un decenio (numerosas repeticiones, incluso inmediatas, lo confirman), la última meses antes de morir. Y es más breve que la mayoría de los libros krausianos. Según uno de los traductores, es obra «de

6. KRAUSE, KARL CHRISTIAN FRIEDRICH: *Ciencia universal pura de la razón*, ed. CSIC, trad. esp. J. M. Artola y M. F. Pérez, Madrid, 1986, 210 págs.

7. Vid. notas 10 y 11.

8. ZELLER, EDUARD: *Geschichte der deutschen Philosophie seit Leibniz*, Munich, 1873, pág. 739.

9. MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO: *Historia de los heterodoxos españoles*, 3 vols. Madrid, 1880-1882, en la Ed. Nac. vol. IV, Madrid, 1958, págs. 366 y ss.

10. KRAUSE: *Sistema de la Filosofía, Metafísica. Primera Parte. Análisis*, expuesto por J. Sanz del Río, Madrid, 1860, 572 págs.

11. KRAUSE: *Le système de la Philosophie*, trad. fr. L. Buys, 2 vols. Leipzig, 1895.

máxima representatividad en lo que concierne al pensamiento de Krause», opinión que resulta extraordinariamente negativa para el autor porque esta *Ciencia* es, como veremos, de muy escaso mérito filosófico.

TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

Antes de exponer las tesis principales de la *Ciencia* krausiana se impone una referencia a su originalísima epistemología. Hay, según el autor, tres modos de acceder a la verdad: el de vigilia, el del sueño, y el de los estados que denomina «magnéticos» o paranormales. Son los dos últimos los de mayor interés por la escasez de precedentes filosóficos.

a) *La vigilia*. El hombre despierto es el que posee una «autoconciencia más perfecta»¹² y puede adquirir conocimientos por percepciones sensoriales, por intuiciones, por sentimientos y por «presentimientos». Señala que los sentidos a veces engañan, lo que le lleva a inclinarse por las intuiciones intelectuales. Aunque no define al presentimiento, lo distingue de la ilusión y la fantasía, reconoce su carácter «precientífico» y el peligro de que conduzca a supersticiones; pero no por eso debe subestimarse. En algunos pueblos y especialmente entre los hindúes, «asoma el presentimiento de una unidad vital del hombre coherente que sigue su propia ley de vida con el Ser originario» (pág. 145). Y cita los *Upanishads* como «excelente ciencia» (pág. 145). En tal presentimiento indostánico ve Krause un precedente importante de su panenteísmo. Hay, pues, presentimientos «excelentes».

b) *El sueño*. En el organismo humano hay «dos mitades», una que corresponde a las acciones voluntarias y otra a las involuntarias. «El sueño es una actividad predominante de la otra mitad del organismo corporal» (pág. 149) la que durante la vigilia se expresa de manera «exigua» (pág. 153). En ella se ejercitan las funciones sensoriales: «Uno oye, ve, huele, gusta y ejerce el tacto mientras duerme» (pág. 152). Los conocimientos adquiridos en estado onírico son privilegiados. «Las intuiciones internas del espíritu de quien sueña poseen una claridad superior, una precisión general» (pág. 154). «Hay que reconocer a los sueños una superior libertad arquetípica y una mayor concentración de acontecimientos en tiempo más corto» (pág. 155). En sueños «el hombre se muestra y actúa con más vigor, altura y pureza de lo que es capaz durante la vigilia, atado por las limitaciones del mundo..., hay sueños en que algo divino sale al encuentro del hombre..., muchas de las grandes invenciones fueron hechas en sueños..., sólo con que los hombres alcanzaran la visión del Ser originario apreciarían debidamente el sueño y los sueños, y su mundo onírico será un fiel espejo de sus bellas almas» (pág. 156). Krause no rechaza las posibilidades adivinatorias que algunos atribuyen al sueño (pág. 159).

c) *El magnetismo*. Hoy se denomina hipnosis a lo que aún permanece de la

12. KRAUSE: *Ciencia universal pura de la razón*. trad. cit. pág. 109. En lo sucesivo, a continuación de los textos krausianos se indicará, entre paréntesis, la página de esta traducción.

doctrina del llamado «magnetismo animal», que es la denominación adoptada por Krause. Su primer teórico fue el vienés A. Kirche, autor del tratado *De arte magnetica* (1641); pero el más famoso fue F. Mesmer, autor, entre otros muchos títulos, de una *Mémoire sur la découverte du magnetisme animal* (1779), técnica que aplicó en su clínica de París hasta que fue desautorizado en 1784 por la Sociedad de Medicina. Krause, que cita a Kluge, siguió básicamente a Mesmer incluso en su identificación de los influjos astrales con los imanes y la hipnosis. Es lo que le lleva a sostener que la Luna magnetiza a la Tierra y a los lunáticos, que hay un sonambulismo inducido por el Sol (pág. 163), que la hipnosis humana se produce por roce como la imantación (pág. 167), etc. Krause elaboró su propia teoría anatomofisiológica sobre la génesis de los fenómenos hipnóticos que localizó en «los nervios faciales, el simpático y los que se cruzan a la altura del estómago» (pág. 163), y desarrolló ampliamente su convicción de que existen «sentidos del abdomen» y concretamente «ojos abdominales» (pág. 177) que ven a través de cuerpos opacos. Pero lo que ahora interesa es el valor que atribuyó al hipnotismo y fenómenos paralelos para el hallazgo de la verdad filosófica.

Según Krause, «en el estado magnético se produce la llamada clarividencia» (pág. 161), «todas las manifestaciones puras del estado magnético son las propias de una salud pura, vigorosa e incluso ampliamente reforzada» (pág. 168). «El sonámbulo tiene que estar en superiores manos, conducido por fuerzas naturales superiores, y tiene que haber nacido a una intuición sensorial más elevada» (pág. 169). El magnetizado, que despierto habla con voz ronca y grave, la adquiere «clara y limpia», «lee a través de cuerpos opacos» (pág. 44), «abarca con la mirada un gran sector de la superficie terrestre que le rodea y ve a leguas de distancia» (pág. 177) imágenes «tridimensionales» (pág. 178), ven «lejanos seres queridos... contemplan paisajes lejanos» (pág. 105), auto-diagnostican sus dolencias físicas (pág. 106), sus sentimientos son «más delicados y afectuosos y su sensibilidad más pura y perfecta» (pág. 179), sus intuiciones son «más puras y nobles» (pág. 182), y la vida se «asimila a la divina» (pág. 108). Considera que se trata de «hechos innegables» (pág. 44) sobre los que él «mismo ha hecho experiencias» (pág. 106) y tiene «constante experiencia propia» (pág. 161).

Esto supuesto, el estado hipnótico que Krause denomina de «vigilia interna», «clarividencia zoomagnética» (pág. 100) o «magnetismo vital» (pág. 39), tiene un gran valor filosófico. El magnetizado «conocerá de repente y sin esfuerzo —y además habrá de hacerlo necesariamente— la intuición de la Ciencia y cosas más profundas» (pág. 183), «lo real es captado con mayor agudeza, es juzgado más correctamente» (pág. 103). El magnetizado «tiene también intuiciones superiores acerca de la Humanidad, la razón, la Naturaleza, encontrándose, al decir de algunos, en relación vital más íntima con el Ser originario» (pág. 180-1). Esto lo confirma Krause con su propia experiencia: «A este género pertenecen mis propios sueños clarividentes, especialmente cuando sufría convulsiones cerebrales allá por los años 1810-1813..., varios fueron proféticos... Tales sueños tienen algo de inefablemente bienaventurado, son mira-

das luminosas propias de una existencia superior. Ya de niño tuve sueños premonitorios y sueños que parecía recordar una vida anterior» (pág. 155). «Desde mi juventud tengo sueños clarividentes» (pág. 161). «Yo mismo he experimentado en una enferma la unión del estado de vigilia y el magnético; parece que Swedenborg¹³ también fue objeto de algo semejante; igual que Jesús. ¡Qué posibilidades de plenitud y grandeza se abren con eso a la naturaleza humana, ya en este mundo! ¡Quizás esta plenitud de vida es ya real en uno o varios planetas de nuestro sistema!» (pág. 175). Y, aludiendo a los mitos paradisiacos, llega a decir: «raza áurea..., Edad de Oro...; hay que tener esperanza en su retorno» (pág. 192). El magnetismo como vehículo de intuición. El visionario y el filósofo se hermanan.

ESQUEMA AFIRMATIVO DE LA OBRA

La *Ciencia* es una obra desordenada, reiterativa, confusa y, en ocasiones, contradictoria. Intentaré, sin embargo, reducirla a un esquema conceptual ordenado, lúcido y coherente, con fidelidad literal al autor. Sólo desde esa sistematización cabe una posterior consideración crítica.

a) *El método*. La única vía de conocimiento filosófico es el análisis introspectivo, denominado con distintas expresiones. He aquí las principales: «autocontemplación», «autoconciencia», «autobservación», «autointeriorización» y «autointuición». Es exactamente lo contrario del positivismo; pero no del empirismo porque de esas inmersiones en la propia intimidad se obtienen experiencias, aunque sean internas. A la verdad se llega ahondando en uno mismo.

Ese autoanálisis nos va permitiendo realizar intuiciones. Krause sólo excepcionalmente apela a las deducciones y a las inducciones, invita a intuir y

13. Krause se remite admirativa y reiteradamente a Manuel Swedenborg (1668-1772) sobre quien escribió el opúsculo *Geist der Lehre I. Swedenborgs* (1832). Este personaje, cuando contaba cincuenta y cinco años, creyó elevarse a un estadio supranormal de existencia que, durante casi tres lustros, le permitió, en forma de espíritu, visitar el cielo y el infierno, dialogar con sus habitantes, incluso los ángeles, y recibir directas instrucciones de Dios. Resumió tales experiencias teosóficas en su libro *De coelo et inferno ex auditis et visis* (1758), y fundó una secta cristiana. Como confesión de afinidad, Krause cita tres veces en la *Ciencia* al visionario Swedenborg a quien reconoce gran autoridad en otras obras. Ueberweg califica de «fantástico» este fragmento procedente del libro póstumo krausiano *Der Menschheitbund*, editado por R. Vetter en 1900: «Los que mueren siguen viviendo en su hogar: se despiertan de su sueño terrenal para acceder a un más alto orden de vida. Allí se reúnen según su norma vital y de acuerdo con ella. Los que en precedentes edades murieron como hombres inmaduros, reciben allí ulterior formación en el caso de que no sean adscritos a sociedades inacabadas para realizar otras formas de vida. De ahí que acontezca que en el justo tiempo y en el lugar debido se reencuentren y vuelvan a convivir los solitarios, los casados, los amigos y los vecinos, como correctamente lo vio Swedenborg. Esto es cierto, tan verdad como que Dios es el viviente Ser originario» (F. Ueberweg y T. K. Oesterreich: *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, 12 ed. Berlín, 1923, vol. IV. pág. 110). Hay que destacar que Krause califica de correctas («richtig») las asombrosas contemplaciones y audiciones del más allá que decía tener con frecuencia el vidente sueco. Y en la *Ciencia* se refiere a «Humanidades que habitan las otras tierras del mismo sistema solar» (pág. 45) o alienígenas.

compadece a quienes no lo consiguen; su técnica es la de las «mostraciones» y no la de las clásicas demostraciones. La intuición krausista no es la que tradicionalmente se denomina «sensible», sino la «intelectual», la que capta verdades generales sin necesidad de discurso. La «intuición originaria» (pág. 33) es la de Dios y «todo es conocido dentro de ella» (pág. 65).

El método krausiano es un intuicionismo interiorista.

b) *El «yo» como intuición primaria.* Lo primero que con absoluta evidencia revela la autoobservación es que «yo existo», o lo que es lo mismo, «yo soy», lo cual, según Krause, es equivalente a «yo soy yo». Lo segundo que intuyo es que «soy finito» puesto que tengo límites; este reconocimiento plantea una cuestión capital, la de que lo finito exige un fundamento (pág. 14). Lo tercero es que «yo actúo», o sea, soy activo y opero sobre algo que es distinto de mí.

c) *Lo otro como intuición secundaria.* Al actuar sobre lo que me rodea descubro que hay otros seres que son similares a mí y que hay cosas. Hay hombres y hay Naturaleza. Lo que sean los demás lo averiguaré por analogía con lo que soy yo; pero ¿cómo es la Naturaleza?

d) *La Naturaleza es una parte del todo.* La Naturaleza también es activa; nada en ella permanece estático, incluso un peñasco. «El hecho de que la piedra no se desmorone presupone una fuerza interna, una actividad interna». ¿Soy yo una parte de la naturaleza? Sí y no. Intuyo que yo no soy mi cuerpo, sino que mi cuerpo es mío, que mi cuerpo es naturaleza, pero que yo soy algo más. Ese más es el espíritu. No todo es naturaleza; además, existe el espíritu.

e) *El espíritu es otra parte del todo.* La intuición krausiana, contra los «materialistas» (pág. 77), se expresa así: «Hay también Espíritu que no es Naturaleza, que es por tanto algo fuera de la Naturaleza y que no es parte interna de ella; la Naturaleza no lo es Todo» (pág. 78). La intuición de que hay espíritu está unida, según Krause, a la intuición de mi propia existencia: «Del espíritu soy siempre consciente de forma inmediata en tanto que yo mismo» (pág. 138). Y hay «espíritus puros» (pág. 163) con los que, eventualmente, se podría tratar, y que se encuentran en «el universo de los espíritus» (pág. 185). En esta obra no describe el Espíritu ni señala lo que le distingue de la Naturaleza.

f) *La relación entre el cuerpo y el espíritu.* ¿Cómo se integran mis dos componentes? La cuestión es de la mayor importancia porque su respuesta «afecta en todos los aspectos a las convicciones y al gobierno de la vida» (pág. 129). Después de enumerar las distintas posibilidades, Krause intuye que el cuerpo no es malo y que no es algo subordinado al psiquismo. Entre la vida corporal y la espiritual existe en el hombre «una dependencia totalmente recíproca y simétrica» (pág. 138), «coordinados» (pág. 140) se autolimitan mutuamente; y aventura una metáfora, son «dos círculos secantes» (pág. 140). ¿Cuál es el ser que une a ambos? ¿No tendrá que ser «algo superior que esté por encima de ambos?» (pág. 141). Esta cuestión remite al problema de Dios, que es el término de la *Ciencia*.

g) *El Ser originario*. Krause designa a Dios como el Ser («Wesen») o como el Ser originario («Urwesen»). Esta última es su fórmula favorita, quizás por su casi obsesivo prurito de innovación verbal. Entiende que «el Ser originario no puede ser demostrado» (pág. 189), ha de ser intuido mediante un proceso ascensional desde la contemplación del propio yo que es «una reproducción del Ser originario, finita, pero esencialmente fiel» (pág. 21). «El conocimiento de Dios necesita una mediación y esa mediación somos nosotros mismos» (pág. 10). «Al Ser originario sólo puedes conocerlo en la medida en que esté dentro de ti mismo» (pág. 22). En nuestra autointuición o descubrimiento de nosotros mismos «tenemos una réplica del autosaber de Dios» (pág. 31). Krause admite que «la mayoría de los hombres» (pág. 191) no consiguen intuir al Ser originario y permanecen «ciegos».

Sin embargo, Krause, que es rico en contradicciones, se olvida momentáneamente de su reiteradísima tesis de la indemostrabilidad de la existencia de Dios y consigna un argumento que literalmente dice así: «La razón suficiente de cada ser finito se halla en un ser finito superior, y en último término la de todos los seres finitos se halla en un Ser infinito» (pág. 144). Es una, quizás inconsciente, reformulación de una prueba clásica.

A pesar de que todo el pensamiento krausiano está orientado hacia Dios, su teodicea propiamente dicha es extraordinariamente simple. Dios es todo y «fuera de El no hay absolutamente nada» (pág. 72); los seres «se hallan en Dios..., dentro de Dios» (pág. 192). Somos una «parte interna del Ser originario» (pág. 96), que «es todo y es aquello dentro de lo cual está todo, yo incluido» (pág. 9). De ahí la denominación del sistema: *Panenteísmo*. «Confieso al único Ser originario como única sustancia originaria total... dentro de lo cual está todo» (pág. 16). Y lo que puede predicarse de Dios que es «Uno» y que es «Absoluto» (pág. 8).

h) *La Filosofía como introducción a Dios*. Esa «Ciencia universal pura de la razón» que da título al libro es una manera krausiana de nombrar a la Filosofía. Y ya desde el comienzo de la obra declara que «quien medite y entienda bien este tratado es ya capaz de alcanzar discernimiento de Dios» (pág. 1). Y añade, «aquí solo cabe el propósito de elevar hasta esa intuición originaria al lector que aún no lo ha alcanzado en esta vida, o más bien de orientarle para que lo haga él por sí mismo» (pág. 7). Esa «intuición imaginaria» es la del Ser originario. Al aprendiz no cabe demostrarle a Dios, sino «mostrarle simplemente» (pág. 8). La Filosofía es vía de «elevación» un «remontarse» (pág. 25) para «percatarse» (p. 93) de Dios. El objetivo último de la *Ciencia* es alcanzar la «intimidad con Dios» (pág. 7), finalidad que se repite con insistente literalidad a lo largo del libro.

i) *La moral*. Según Krause, hay «leyes eternas» que gobiernan la actividad universal, y también la voluntad humana tiene su ley. Por eso podemos «autojuzgarnos» (pág. 53) con arreglo a un criterio que «permanece siempre igual a sí mismo» (loc. cit.). De nuestra experiencia interna se deduce que «existe tal

ley moral y que sólo es una» (pág. 53). Esa norma se manifiesta como una «voz que se refiere a nosotros mismos y que habla», una voz que dice: «deberías haberlo hecho» (pág. 53), un «Sol interior» (pág. 59). Es una especie de ley natural impresa en la conciencia. Esta es la recomendación krausiana: «Debes velar y orar, debes elevarte hasta el Ser originario y pedirle que te dé fuerzas para el bien antes de tomar una decisión, firmeza en la ejecución, y fuerza para volverte a poner en pie tras la caída» (pág. 57). El ideal último es «llegar a ser semejantes a El, al Bien originario» (pág. 57), es decir, a Dios. ¿Está ligado el teísmo a la moralidad? No. El ateo puede «llevar una vida virtuosa de modo puramente humano» (pág. 190).

Pero si todo es Dios, si somos parte de El, ¿cómo puede existir el mal? El problema, verdaderamente difícil en cualquier sistema, adquiere dimensiones máximas en el Panenteísmo. Para Krause, el mal es «ignorancia... y error» (pág. 59); pero esta derivación no resuelve el problema, sino que, simplemente, lo desplaza. Al final de su libro, el autor, movido por algunas críticas aborda frontalmente la cuestión y le da la siguiente solución: «El mal se halla también dentro del Ser originario, pero no es inherente al Ser originario, sino que está en los seres finitos inherentemente a ellos» (pág. 193). Entre paréntesis, es justo reconocer que en este pasaje, como en otros muchos, los traductores han hecho encaje de bolillos.

AUTOVALORACION

Krause tenía un altísimo concepto de su propia obra. De ella destaca la moral que consideró expuesta, principalmente, en sus escritos masónicos y en el pequeño libro, *Ideal de la Humanidad* (1811). Calificó a su ética de «doctrina salutífera» (pág. 2) y entendió que «ya nunca más en el futuro puede ser olvidada, oscurecida y enturbiada en este mundo» (pág. 2).

Pero también fue entusiasta respecto a la *Ciencia* que no dejó de revisar hasta su muerte y en la que declaró incluir «los resultados más importantes» (pág. 2) de sus investigaciones, en previsión de que le faltara tiempo para exponerlos más pormenorizadamente. Este temor resulta asombroso en un autor cuya obra impresa totaliza el imponente volumen de unas quince mil páginas y del que aún se conservan numerosos inéditos.

En la *Ciencia*, como en toda su obra, proclama, en primer lugar, el mérito de introducir «términos genuinamente alemanes, acordes con el espíritu de la lengua, breves, y en su acepción originaria» (pág. 2). Y recomienda al «pueblo» que utilice su abstrusa terminología porque «ganará» (pág. 3) mucho. Como Krause desconocía la ironía, estas cándidas reflexiones, exentas de la autocrítica más rudimentaria, bordean la simpleza. Y, en segundo lugar, afirma que su libro «sobrepasa en amplitud a todo el espíritu actualmente reinante» (pág. 3). Y, en tercer lugar, espera que el libro «alcance eficacia vivificadora en todo el pueblo alemán y, mediante él, en todos los pueblos de la tierra»

(pág. 2). Pero la *Ciencia* cayó en un despectivo vacío cuando se imprimió, más de medio siglo después del fallecimiento del autor:

La personalidad de Krause queda nítidamente reflejada en estas confesiones: ingenuidad y egolatría. Sus experiencias paranormales y «convulsiones», acaso epilépticas, denotan otro aspecto, aún más inquietante.

ANALISIS CRITICO

a) *La teoría del conocimiento*. La actitud krausiana es decididamente irracionalista. Confía en los presentimientos, que no son juicios ni racionios, ni siquiera sentimientos; son algo extremadamente vago y confuso. ¿Qué tipo de ciencia podría asentarse sobre ellos? Ninguna intelectualmente respetable. El ejemplo que cita del supuesto panteísmo colectivo hindú no es correcto puesto que la religiosidad indostánica no es una espontánea conciencia común, sino el resultado de un magisterio sacerdotal que, por otro lado, se manifestó caótico. Krause, que junto a los brahmanes se remite a los chamanes y gitanos (pág. 166), se sitúa en un orientalismo arcaico, mágico y tenebrista.

Otro recurso propuesto es el de los sueños. Aquí Krause enlaza con ritos mesopotámicos y egipcios, ya ridiculizados por los griegos. Tal anacronismo metodológico es inadmisibile a principios del siglo XIX cuando semejantes prácticas sólo perduraban entre los comercializadores de la adivinación. Freud consideraba a los sueños como realizaciones disfrazadas de deseos reprimidos y recurrió a ellos no a fin de hacer ciencia, sino para descubrir las supuestas frustraciones sexuales de sus pacientes. Según los psicoanalistas, los sueños sirven como síntomas subjetivos, claves de situaciones neuróticas. Y el hipnoanálisis sólo trata de estimular el recuerdo y facilitar la catarsis. Cuando Krause acude a los sueños para esclarecer la realidad del mundo y para intuir a Dios raya en la magia y en la patología.

Krause cree en la clarividencia de los magnetizados ya por los hipnotizadores, ya por los astros. Estamos en un límite de la insensatez: la verdad revelada por vibraciones eléctricas exteriores a individuos inconscientes. Las dos autoridades que cita son Mesmer, descalificado científicamente poco después de nacer Krause, y Swedenborg, que era un perturbado visionario cuyos libros sobre el más allá movían al sarcasmo a los universitarios de su tiempo y, con mayor motivo, a los actuales. Las teorías krausianas sobre el nervio y los ojos abdominales, la exaltación de los lunáticos, la «luz radiante» (pág. 171) de los hipnotizados, las «posturas» (pág. 171) de clausura magnética, los estigmas, la explicación del imán como un «recuerdo» del hierro (pág. 165) y la de la hipnosis como un fenómeno de imantación por roce en puntos neurálgicos, se califican por si mismas. Y la confesión paladina de convulsiones y de constantes experiencias paranormales obliga a diagnosticar estados clínicos, quizás crónicos, en el escritor.

La teoría krausiana del conocimiento carece de precedentes filosóficos, es

un manantial de sugerencias para el humorista, y no puede ser tomada en serio. Ella sólo bastaría para descalificar intelectualmente a su autor.

b) *El interiorismo*. La introspección es una fuente de conocimiento; pero no la única ni, mucho menos, la más importante. La inmensa mayoría de los progresos científicos se ha realizado por la observación de los hechos exteriores al investigador. La física, la biología, la astronomía, etc., son el fruto de la experimentación. Krause retorna al neoplatonismo y se enfrenta con las tendencias más progresistas de la modernidad, el humanismo renacentista, el empirismo, el positivismo, es decir, los talentos que permitieron la multiplicación exponencial del saber y un salto gigantesco en la magna empresa de la racionalización. El método krausiano es rotundamente involutivo, es una espectacular expresión de reaccionarismo teórico, un retroceso a planteamientos propios de la mentalidad primitiva.

c) *El yo y el otro*. El autodescubrimiento krausiano del yo es una trivialización del famoso principio cartesiano del filosofar. Del hecho de que pensemos se deduce nuestra existencia; pero este no es el raciocinio krausiano: en su opinión, tenemos una intuición primaria de nuestra existencia, lo cual es dudoso y deja intacto el problema filosófico. Es un retroceso respecto a Descartes.

Cree Krause que, al actuar, descubrimos un mundo exterior a nosotros. Si la cosa fuera tan sencilla no se habría llegado al idealismo. Su tesis es de una simpleza inadmisibles en tiempos de Fichte y de Schelling. Lo mismo hay que decir de la supuesta intuición del prójimo. Ambos fundamentos son de una ingenuidad presocrática.

d) *La Naturaleza y el Espíritu*. La afirmación de que hay dos clases de realidades es un postulado que Krause no demuestra y que se limita a revelarnos. Tal proceder puede ser místico, pero no filosófico. Y la afirmación ni siquiera está aclarada. ¿En qué se distingue el espíritu de la naturaleza? En este libro tan axial cuestión queda sin respuesta. Se presenta declarativamente al espíritu como en una homilía laica. Pero lo grave es que la dualidad radical entre lo material y lo espiritual ¿cómo se compagina con el hecho de que ambos sean partes del todo en Dios? El panenteísmo ¿no exige un monismo sustancial? No hay ni un mínimo de claridad y de coherencia.

La dicotomía se manifiesta especialmente en el hombre. ¿Cuerpo y alma? Así lo afirma Krause sin demostración alguna, y entiende que ambos elementos tienen igual jerarquía, lo cual le enfrenta con toda la tradición filosófica, salvo la del materialismo puro. Y la equiparación del cuerpo y el alma no se compagina con el espiritualismo panenteísta: ¿no es Dios puro espíritu?

Las supuestas intuiciones primarias de Krause son presentadas declarativamente, como oráculos. Se trata de un dogmatismo, pronto lo veremos, «a lo divino».

e) *La Filosofía, vía mística*. Para Krause, la filosofía no es un saber de sabe-

res, ni una ciencia del ente, es un modo de acercarse a la divinidad. Su *Ciencia* es una mostración de Dios. Pero no se trata de la teodicea clásica o aproximación racional a lo Absoluto; tampoco de una religión fundada en textos revelados. ¿En qué consiste esta presunta *Ciencia* que no es ni lo uno ni lo otro? El término preciso es el de Teosofía. Krause, más que un filósofo es un teósofo, oficio, por cierto, universalmente desacreditado porque no tiene la dignidad de la razón y carece del carisma de la revelación. Tal actitud se compadece bien con la proclividad krausista hacia el espiritismo, la videncia, el ocultismo y la masonería de la que fue destacado teórico heterodoxo pues pretendió reformarla en un sentido místico.

Influido por el pasaje bíblico, Krause afirma que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Es otro postulado que no funda ni en argumentos, ni en experiencias, ni en autoridades. Y todo está en Dios. ¿Es Dios el espacio o lugar universal? ¿En qué consiste ese «estar» de las cosas en Dios? Si es una integración caeríamos en el panteísmo típico. En suma, no es Filosofía, sino Teosofía.

f) *La Moral*. Krause es un predicador de la virtud lo mismo a los teístas que a los ateos; pero en este libro no hay ni el más ligero barrunto de una fundamentación filosófica de la Ética. Su vago iusnaturalismo subjetivo no es justificado. Sus prescripciones se parecen más a las de un iluminado que a las de Spinoza, por ejemplo. Es un talante apostólico; pero de una moral que no es ni racional, ni revelada y que, por eliminación, resulta teosófica.

Y su respuesta a la cuestión del mal es un juego de palabras.

CONCLUSION

La terminología abstrusa y la redacción intrincada, o sea, la obstaculizante prosa no bastan para explicar la completa marginación de Krause por sus compatriotas contemporáneos, ya que también los grandes maestros del idealismo alemán eran difíciles y aún crípticos, aunque no cayeran como nuestro autor, en el feísmo y el hermetismo sistemáticos. La verdadera causa de la postergación de Krause está en la baja calidad de su pensamiento, y en su escasa presentabilidad filosófica. Ya los contemporáneos independientes lo calificaron de «Teosofía puramente dogmática» (pág. 2). Es más, me inclino a pensar que ha sido su galimatías verbal el que ha permitido que algunos, sin entenderle, presumieran que tales trabalenguas quizás significaran algo merecedor de más consideración. Esta *Ciencia universal pura de la razón*, felizmente traducida para directa ilustración de los hispanos, permitiría llevar el nombre de Krause a la letra pequeña de los manuales de historia de la filosofía y, en cambio, destacarlo entre los escritores raros y curiosos como un Apolonio de Tiana sin prodigios o un Swedenborg sin templos.

La consagración de Sanz del Río al estudio de Krause no tuvo una justificación filosófica, sino simplemente corporativa. Durante un corto período,

Krause se presentó como el filósofo oficial de la masonería, y así lo creyeron las mal informadas logias españolas que enviaron a su hermano a estudiarlo. Pero la masonería pronto expulsó de su seno al extravagante escritor, los alumnos lo dejaron solo en las aulas universitarias, y los colegas lo ignoraron. Sanz del Río no tuvo el discernimiento imprescindible para sobreponerse a la disciplina fraterna y percatarse de que dedicaba su existencia a un empeño inviable, y vivió enclaustrado entre las logomaquias y las teosofías krausianas. Los que pretendían ser progresistas, en vez de importar lo avanzado y fecundo —Hegel o Comte—, fueron a buscar un pseudomisticismo retrógrado que gravitó negativamente sobre varias promociones de estudiosos españoles. Fue una desventura que, en la medida en que se descubre al auténtico Krause, cobra despiadados perfiles.

Esta benemérita traducción no es una resurrección hispánica de Krause, sino todo lo contrario.

